

Biografías para
niñas y niños

Ricardo Flores Magón

TIERRA Y LIBERTAD. LA VIDA DE UN REBELDE



MIGUEL ÁNGEL RAMÍREZ JAHUEY

SECRETARÍA DE CULTURA

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Ricardo Flores Magón

TIERRA Y LIBERTAD. LA VIDA DE UN REBELDE



MIGUEL ÁNGEL RAMÍREZ JAHUEY

Biografías para
niñas y niños

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

Ricardo Flores Magón

TIERRA Y LIBERTAD. LA VIDA DE UN REBELDE



MIGUEL ÁNGEL RAMÍREZ JAHUEY

MÉXICO 2023

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2023.

D. R. © Miguel Ángel Ramírez Jahuey, textos.

D. R. © Felipe Ramos Domínguez y Martha Avilés, ilustraciones de interiores.

D. R. © Rodrigo Oscar Rivera Meneses, ilustración de portada.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos

de las Revoluciones de México (INEHRM),

Plaza del Carmen 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,

Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-385-5

HECHO EN MÉXICO

A la memoria de
Margarita Carbó Darnacullea

Ricardo Flores Magón
Prisión Federal de Leavenworth,
Kansas, Estados Unidos.
Noviembre de 1922

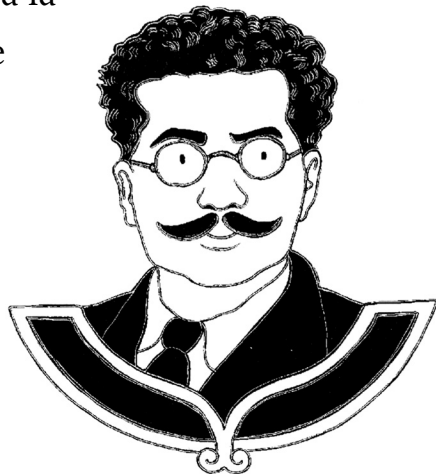
Me encuentro en una fría cárcel en los Estados Unidos, cumpliendo una sentencia de veinticinco años de prisión. Te preguntarás “¿Qué hace un mexicano en este lado del mundo?”. Hace cuatro años el gobierno de este país me encarceló porque invité a los trabajadores del mundo a unirse para luchar por su libertad.

No es la primera vez que piso una cárcel por expresar mis ideas. Llevo treinta años dedicado a levantar la voz por las personas más pobres. He denunciado los abusos que el gobierno mexicano y

otros cometen día a día contra la gente y los trabajadores, y he puesto mi inteligencia para promover la hermandad entre la humanidad.

Por estas ideas me llevaron a prisión muchas veces tanto en México como en los Estados Unidos. He perdido mi salud, mi libertad y a mis seres queridos, y todo ha sido por una causa: la lucha por la justicia y el bien común. No me arrepiento de ello, al contrario, me siento muy orgulloso de poder ofrecer mi vida a esta noble misión.

No tengo mucho tiempo, los guardias me vigilan constantemente y no me dejan escribir demasiado. Mi vista está cansada, ya casi no puedo ver, y mis fuerzas se agotan cada día más. Pero quiero aprovechar estos minutos para contarte cómo llegué hasta aquí.



La historia de mi vida comienza en Oaxaca, en el pueblo de San Antonio Eloxochitlán, donde nací el 16 de septiembre de 1873. Crecí en una familia muy amorosa. Mis padres, Margarita Magón y Teodoro Flores, siempre nos brindaron a mis hermanos Jesús y Enrique y a mí mucho cariño y ternura. Desde pequeños nos inculcaron valores como el respeto y la solidaridad con las personas más desprotegidas.

Nuestra familia vivía en una comunidad campesina donde todas las personas convivían en paz y armonía; los vecinos se ayudaban en el trabajo cultivando la tierra y se repartían entre todos los frutos de las cosechas. Nunca faltaban manos amigas para apoyar en las alegrías y en las trage-



días, lo cual me hizo valorar el apoyo mutuo desde muy pequeño.

Mi padre Teodoro había luchado en la guerra contra la Intervención Francesa en la década de 1860. Nos fascinaba escuchar aquellas historias heroicas que nos contaba todas las tardes, en las que nuestros paisanos lucharon y derrotaron a los invasores franceses que, en ese entonces, se consideraban el mejor ejército del mundo.

Mis padres nos decían que nunca debíamos permitir los abusos ni las humillaciones de los poderosos, por lo que teníamos que estudiar para superarnos y ser mejores personas. Por esa razón, nos llevaron a la ciudad de México cuando aún éramos pequeños, pues querían que estudiáramos en las mejores escuelas y que nos convirtiéramos en profesionistas. Nos esforzamos mucho para que así fuera. A mis hermanos y a mí nos encantaba leer, devorábamos los libros de la escuela y pronto descubrimos una de nuestras mayores pasiones en la vida: la escritura.

Cuando terminamos de estudiar la preparatoria, mi hermano mayor, Jesús, y yo, nos inscribimos en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Queríamos estudiar leyes para convertirnos en abogados y poder ayudar a las personas más necesitadas, pues los poderosos se aprovechaban de la falta de preparación del pueblo para quitarles sus tierras de cultivo, despojarlos de sus hogares y robarles sus salarios y sus pocas pertenencias, lo cual nos molestaba mucho.

En 1892 hubo un acontecimiento en el centro de la ciudad de México que sacudió nuestras conciencias y despertó nuestros ánimos. En aquel entonces Porfirio Díaz, quien era presidente de México desde 1876, intentó reelegirse por tercera vez. A los estudiantes esto nos pareció una injusticia porque no era correcto que una sola persona se mantuviera en el poder por tanto tiempo y que él y sus compañeros continuaran enriqueciéndose descaradamente cuando a la mayoría de la población se le negaba una vida digna.

Los estudiantes nos organizamos para protestar en las calles contra la reelección del presidente

NO OTRA
REFECCO



en mayo de aquel año. Alzamos la voz e invitamos al pueblo a que se sumara a esta protesta. La gente se nos acercaba con curiosidad y nosotros los animábamos a acompañarnos al Zócalo. Poco a poco, las personas más humildes comenzaron a alentarnos con gritos de “¡Viva la libertad!” y “¡Muera la tiranía!”.

Era tal el apoyo de la gente que, contagiado por ese buen ánimo, me atreví a subir a una tribuna improvisada para decir un discurso, cuando de pronto sentí sobre mi cuerpo el cañón de una pistola. Volteé para descubrir que un policía mal encarado me amenazaba para que me callara. En ese momento policías y soldados montados a caballo sacaron sus sables y armas para golpear y disparar contra las personas que ahí se encontraban, sin importar que hubiera mujeres y niños.

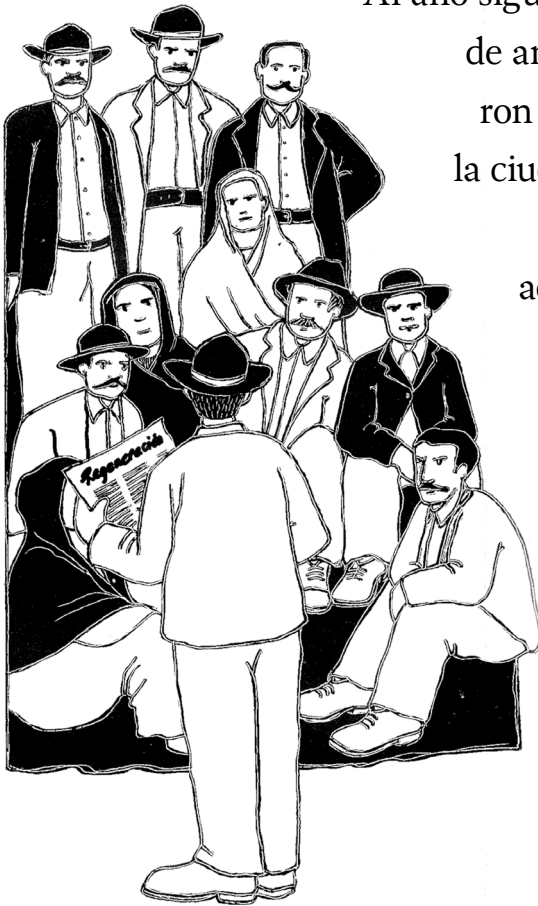
Fue terrible, mi sangre hervía por el coraje y la indignación de aquel atropello. Mis compañeros y yo fuimos arrestados y llevados a la cárcel de Belén. Fue la primera vez que pisaba una prisión. Sentí mucho miedo porque las celdas eran frías y oscuras, el suelo era de tierra y lodo, y se respiraba

un aire muy pesado que ahogaba nuestros pulmones. Además, toda clase de insectos —como alacranes y espeluznantes arañas— rondaban por los techos y, entre nuestros pies, corrían libremente ratas que se escondían en los desagües de la celda.

Pero en vez de desanimarnos y de arrepentirnos por nuestras acciones, unos días después salimos de la cárcel con las ideas más claras y firmes que nunca y nos decidimos a luchar contra la dictadura de Porfirio Díaz. No íbamos a permitir que el gobierno tratara así a la gente y, a partir de entonces, denunciábamos los abusos de las autoridades en el periódico *El Demócrata*, donde mi hermano Jesús y yo comenzamos a trabajar como reporteros ocasionales.

Pensamos que los periódicos eran el mejor medio para expresar nuestras ideas y descontento. A través de la escritura podíamos comunicar a muchas personas las acciones que el gobierno de Porfirio Díaz llevaba a cabo con impunidad. Adoptamos la palabra como nuestra arma más importante.

Tuvimos que trabajar durante muchos años para ahorrar el dinero suficiente que nos permitiera crear nuestro propio periódico. En 1900, mi hermano Jesús, otros compañeros y yo hicimos posible uno de nuestros más grandes sueños: fundamos un periódico, al que llamamos *Regeneración*, en donde escribíamos artículos denunciando la corrupción de los tribunales de justicia y del gobierno.



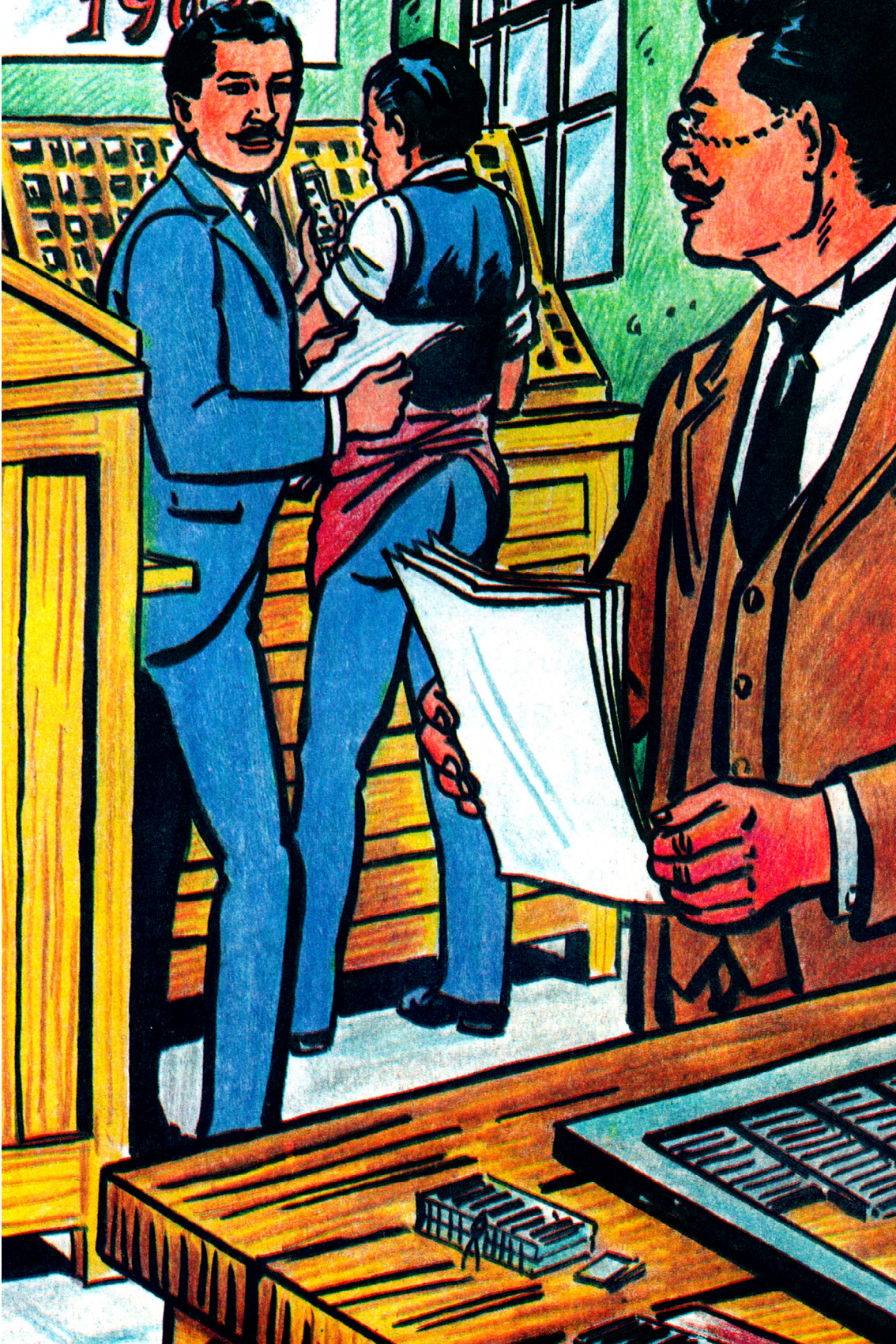
Al año siguiente, un grupo de amigos organizaron una reunión en la ciudad de San Luis Potosí, a la que acudieron personas de todo el país para discutir y criticar las acciones del gobierno. Yo fui en representación de *Regeneración*.

En aquella reunión se discutieron muchos temas, pero lo que a mí más me interesaba era que esa gente tomara conciencia de los males de la dictadura, por lo que subí a la tribuna a decirles que el gobierno de Porfirio Díaz era un nido de ladrones. Mi discurso no cayó muy bien entre los asistentes porque se escucharon algunos silbidos de protesta, pero no me importó y volví a gritar con más fuerza: “¡Sí, señores, la administración de Porfirio Díaz es una cueva de ladrones!”. Finalmente los convencí, ya que mis palabras enérgicas fueron aplaudidas hasta el cansancio.

Desde entonces, levantar la voz en las reuniones o en la calle y escribir en los periódicos para denunciar a la dictadura se convirtieron en mis principales actividades. Mi deseo era que la gente que sufría por la corrupción del gobierno se diera cuenta de que era posible un cambio. Puse todas mis energías en esta labor.

* * *

Poco a poco, nuestro periódico se hizo conocido y respetado entre la población, pues no temíamos



a denunciar las injusticias contra el pueblo. Claro que esto no era bien visto por la dictadura de Porfirio Díaz, así que comenzamos a ser molestados por las autoridades en la redacción de *Regeneración*. La policía nos vigilaba, golpeaban a nuestros repartidores y se llevaban los periódicos para evitar su distribución.

No pasó mucho tiempo para que mi hermano y yo volviéramos a pisar la cárcel. Un juez nos acusó de difamación por un artículo que publicamos en el periódico. Nuestro “crimen” había sido denunciar los actos de corrupción de los funcionarios del gobierno. La policía entró a la fuerza en las oficinas de *Regeneración* y nos capturó. Nos quitaron las imprentas y nos llevaron a la tenebrosa cárcel de Belén. Fuimos condenados a un año de encierro por exponer las injusticias que el gobierno de Porfirio Díaz realizaba todos los días.

Mientras cumplíamos la condena en prisión, nuestra madre, Margarita Magón, enfermó de gravedad y murió al poco tiempo. Mi hermano Jesús y yo sentimos una tristeza enorme porque no pudimos acompañarla en sus últimos días ni despe-

dirnos de ella como era debido. La dictadura nos había arrebatado ese derecho.

Al salir de la prisión, Jesús decidió separarse de nuestro grupo. Había pasado muchas penas y no quiso continuar en la lucha. Yo, por el contrario, salí con los ánimos más firmes: no iba a permitir que la dictadura me atemorizara. Mi hermano menor, Enrique, me acompañó desde entonces en la batalla por la justicia, que estaba negada para la mayoría y que sólo era posible para los pocos que pudieran pagarla.

* * *

En compañía de Enrique y de mis compañeros seguimos escribiendo en los periódicos y denunciando las injusticias de la dictadura, pero ésta no nos dejaba trabajar en paz. Fuimos encarcelados dos veces más, e incluso, el gobierno les prohibió a otros periódicos que publicaran nuestros escritos, amenazándolos de muerte. Fue por eso que decidimos abandonar nuestro querido México y refugiarnos en los Estados Unidos, un país en donde había más libertad de expresión.



Alberto Beltrán, Ricardo Flores Magón, grabado.

Con muchos sacrificios pudimos completar nuestros pasajes. Cuando cruzamos la frontera teníamos cincuenta centavos en los bolsillos. Nos instalamos en San Antonio, Texas, donde recibimos la ayuda de muchos amigos y aliados de nuestro movimiento, gracias a lo cual a finales de 1904 pudimos publicar de nuevo el periódico *Regeneración*.

Nos creíamos seguros al otro lado de la frontera y escribíamos pensando que podíamos trabajar

libremente por nuestras ideas. Pero —para nuestra sorpresa— pronto descubrimos que estábamos equivocados: los esbirros de la dictadura también habían cruzado la frontera para hostigarnos. Detectives privados pagados por el gobierno mexicano vigilaban nuestros pasos y revisaban nuestra correspondencia. Tuvimos que escapar de ahí y trasladarnos a la ciudad de San Luis, Misuri, donde se respiraba un aire de tranquilidad.

En esta ciudad nos encontramos con muchas personas provenientes de otros países, que nos brindaron su amistad y nos ayudaron a continuar con nuestra lucha en contra de la dictadura, como la gran revolucionaria rusa Emma Goldman, con quien compartimos ideas y sueños de un futuro mejor. En septiembre de 1905, gracias a estos esfuerzos y redes de apoyo, fundamos la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano (PLM). Este grupo tenía como misión invitar a las personas que pensaban como nosotros a sumarse a nuestra causa y organizar una revolución armada para acabar de una vez por todas con la dictadura de Porfirio Díaz. Nuestro

objetivo era llamar al pueblo a luchar por la libertad de su patria.

* * *

En julio de 1906, la Junta Organizadora del PLM —de la cual yo era su presidente— publicó un programa y un manifiesto para el pueblo mexicano, en el cual dimos a conocer nuestras principales demandas e ideas. Este programa lo escribimos con la ayuda de cientos de paisanos que todos los días nos mandaban mensajes donde nos relataban sus penas. Llegaban cartas de todo el país con denuncias de las cosas que estaban mal: la falta de tierras para cultivar, las largas y cansadas jornadas de trabajo en la ciudad, los salarios miserables que no alcanzaban para mantener a una familia, la explotación de los niños en las fábricas, los trabajos realizados por las mujeres en el hogar que no recibían paga, y la falta de escuelas, entre muchos otros problemas.

Sabíamos que la dictadura era la principal causante de todos esos males, por lo que decidimos escribir este plan documento, el cual se conver-

tiría en nuestra guía para mejorar las condiciones del país una vez que lográramos acabar con el mal gobierno. Queríamos dejar en claro que el Partido Liberal luchaba contra el despotismo reinante en nuestra patria. Estábamos seguros de que la razón nos pertenecía y de que triunfaríamos pronto.

Pero, para hacer una revolución y lograr que el pueblo se decidiera a tomar las armas, era necesario invertir dinero y hacer muchos sacrificios personales. Pusimos todas nuestras energías y recursos en esa tarea. Entre septiembre y octubre de 1906 intentamos organizar un levantamiento armado en la frontera de Chihuahua, en Coahuila y en Veracruz. Desafortunadamente, nuestros esfuerzos fracasaron porque la policía se adelantó a nuestros planes, pues los espías que había contratado la dictadura para vigilarnos conocían nuestros movimientos y los reportaban al gobierno, por lo que el ejército ya se encontraba preparado para detenernos. Yo estuve a punto de caer preso en la línea fronteriza que divide El Paso de Ciudad Juárez; afortunadamente un amigo me advirtió que estaba en peligro y pude escapar de los policías que iban sobre mí.

Para nuestra mala suerte, varios compañeros cayeron presos, como el valiente Juan Sarabia, quien fue trasladado a la prisión de San Juan de Ulúa en Veracruz. Yo tuve que huir hacia San Francisco, California, para esconderme de la policía, pues Porfirio Díaz le había puesto precio a mi cabeza: una recompensa de diez mil dólares. Era cuestión de vida o muerte para mí, porque mi arresto significaría que me trasladaran a México para ser asesinado sin ninguna consideración. Por ello, tuve que esconderme en las ruinas de esa ciudad, que había sido devastada por un terremoto en 1906. A raíz de ello, sufrí muchas penurias porque no tenía dinero, pasé hambre y frío añorando un pedazo de pan duro para llevarme a la boca. Fueron días muy difíciles en los que comprendí el sacrificio que la gente hace día con día para poder sobrevivir.

Meses después, pude reencontrarme con mis compañeros en Los Ángeles, pero los detectives privados supieron rápidamente dónde estábamos. El 23 de agosto de 1907 nos cayeron de sorpresa y nos tomaron presos a mis amigos Librado Rivera, Antonio I. Villarreal y a mí. Los agentes querían

secuestrarnos para llevarnos a México y entregarnos a la policía de la dictadura, pero nosotros nos aferramos, gritamos y resistimos como pudimos, hasta que finalmente nos sometieron y nos entregaron a la policía local. Fuimos condenados a tres años de prisión por organizar los levantamientos armados de 1906 en la frontera.

* * *



La dictadura creyó que nos había derrotado, pero se equivocaba. La prisión no nos detuvo para continuar con nuestros planes revolucionarios. En esa época conocí a una persona que provenía de Guanajuato, el poeta y revolucionario Práxedes G. Guerrero, quien compartía nuestra forma de pensar y se había entregado a nuestra causa con entusiasmo y compromiso. Gracias a nuestro amigo “Prax” —como le llamábamos cariñosamente a Práxedes—, a mi compañera de vida, María Talavera Brousse, y a mi hija adoptiva, Lucía Norman, pudimos organizar un nuevo plan para que el pueblo se levantara en armas. Yo me las ingeniaba para transmitir mis instrucciones a través de mensajes secretos, los cuales ocultaba entre mi ropa sucia y que mi amada María recuperaba y comunicaba a nuestros conocidos en el exterior.

En 1908 el valiente Práxedes G. Guerrero se encargó de coordinar a los distintos grupos en la frontera con Estados Unidos que se comprometieron a hacer la revolución en México. En el verano de aquel año, nuestro grupo organizó tres levantamientos armados en Coahuila y en Chihuahua,

que desafortunadamente fueron derrotados por el ejército federal porque, nuevamente, recibieron información gracias a los infiltrados en nuestro movimiento.

A pesar de estas derrotas, no perdíamos las esperanzas. Mientras me encontraba en la prisión, pensaba y reflexionaba mucho sobre la revolución. Me convencí de que la única forma de liberar al pueblo de las cadenas de la tiranía era por medio de los principios del anarquismo, una forma de pensar y de ver el mundo desde la libertad y la fraternidad humana. Me convencí completamente de que sólo llevando a la práctica estas ideas podríamos alcanzar grandes beneficios para el pueblo. Mi hermano Enrique y mis mejores amigos, Librado Rivera y Práxedes Guerrero, compartían conmigo este sentir, y desde la prisión, nos comprometimos a llevar a cabo este ideal.

* * *

En 1910, Librado, Antonio y yo recobramos nuestra libertad. Fuera de la prisión nos esperaban

nuestros amigos, quienes nos recibieron con mucha alegría, dispuestos a brindarnos su apoyo y solidaridad. Lo primero que hicimos fue hacer una colecta para juntar el dinero suficiente que nos permitiera volver a publicar nuestro periódico y regresar nuevamente al combate. Logramos nuestro objetivo y un mes después *Regeneración* se volvió a imprimir y a distribuir en las calles. Incluso agregamos una sección en inglés escrita por Ethel Duffy Turner, una valiosa amiga y colaboradora que se había unido a nuestro grupo en compañía de su esposo John Kenneth Turner.

Por aquellos días, Francisco I. Madero, un hacendado que se postuló como candidato presidencial en las elecciones de 1910, había llamado al pueblo a levantarse en armas contra la dictadura el 20 de noviembre de ese mismo año, debido a que Porfirio Díaz lo encarceló para hacerlo a un lado de la contienda electoral, relogiéndose una vez más con trampas y métodos fraudulentos.

Fue entonces cuando decidimos invitar a nuestros seguidores a unirse a la revolución de Madero, aunque nosotros no queríamos que la lucha fuera

solamente para cambiar un presidente por otro, sino para hacer realidad nuestro sueño: “Tierra y Libertad” para el pueblo. Era tanto el descontento del pueblo y los agravios cometidos por la dictadura durante años, que sólo bastaron unos cuantos meses para que la revolución maderista se convirtiera en un torbellino tan fuerte que fue capaz de destruir los cimientos del viejo gobierno de Porfirio Díaz.

Desde los Estados Unidos seguimos con atención el avance de la revolución, pero no pudimos participar en ella completamente. Para ese entonces, nuestras ideas se enfocaron no solamente en luchar por nuestro amado país, sino por el mundo entero. Queríamos que los trabajadores de todos los rincones del planeta se rebelaran contra sus malos gobiernos, se librarán de sus cadenas, que las riquezas se repartieran entre los pobres y que desaparecieran los patrones de las fábricas y los hacendados que despojaban a los campesinos de sus tierras de cultivo.

Mis camaradas y yo fuimos encarcelados varias veces más en los Estados Unidos debido a que invitábamos a nuestros hermanos del mundo a pelear

junto a nosotros por la justicia y el bien común. Estas ideas parecían peligrosas a los ojos del gobierno.

* * *

Hubo un tiempo que recuerdo con mucha felicidad y nostalgia, cuando establecimos una granja en Edendale, California, para vivir del fruto de la tierra. Cada quien hacía las tareas del hogar de acuerdo con sus fuerzas y sus capacidades; mientras unas personas cocinaban, otras nos dedicábamos a cultivar la tierra y a cuidar a los animales. Y el producto de ese esfuerzo grupal se repartía de acuerdo con las necesidades de cada uno de nosotros. Fue una época verdaderamente feliz porque me hizo recordar mi infancia en Oaxaca.

Al mismo tiempo que hacíamos todo esto, yo continuaba escribiendo para nuestro periódico *Regeneración*. En marzo de 1918, mi compañero Librado Rivera y yo publicamos un manifiesto en el cual llamamos a los trabajadores del mundo a rebelarse contra sus gobiernos y a no participar en la Primera Guerra Mundial que se estaba de-

sarrollando en Europa en ese momento. Esto no fue bien tomado por las autoridades de los Estados Unidos y fuimos condenados a más de veinte años de prisión solamente por expresar estas ideas.

En la prisión nos obligaban a trabajar largas jornadas en la intemperie. Mi salud fue empeorando cada vez más. Con el paso de los días sentía cómo mi corazón se debilitaba y mis fuerzas disminuían. Poco a poco fui perdiendo la vista como consecuencia de la diabetes, lo cual significó una tragedia para mí porque ya no podía leer ni escribir tan fácilmente.

Después de todo este recorrido, aquí estoy. Han pasado treinta años desde la primera vez que levanté la voz contra las injusticias del país y por los más desfavorecidos. No me arrepiento de la vida que he llevado, aunque la mitad de ella la haya pasado encerrado entre estas frías y oscuras paredes. Hay dos cosas que me mantienen con ánimos de vivir cada mañana que despierto: mi amor por la revolución y mi amor por mi compañera María Talavera Brousse y por mi hija Lucía Norman.

No sobreviviré a mi cautiverio, pues ya estoy viejo; pero cuando muera, mis amigos quizá inscriban en mi tumba: “Aquí yace un soñador”, y mis enemigos: “Aquí yace un loco”. Pero no habrá nadie que se atreva a estampar esta inscripción: “Aquí yace un cobarde y traidor a sus ideas”.

Sé que mis días en este mundo terrenal están contados, pero no pierdo las esperanzas, porque también sé que mis hermanas y hermanos allá afuera van a luchar para alcanzar los ideales por los que he peleado toda mi vida. Mi amor por la humanidad es más fuerte que mi miedo a la muerte, porque sé que la justicia para los más pobres y los más necesitados llegará pronto.

* * *

Librado Rivera
Compañero de lucha y mejor amigo
de Ricardo Flores Magón
21 de noviembre de 1922

Ricardo Flores Magón murió repentinamente hoy a las cinco de la mañana, de una enfermedad del

corazón según el médico de la penitenciaría, aunque yo sospecho que fue asesinado. Es un día triste para la humanidad, pues perdimos a un pensador y a un revolucionario único, de luminosas ideas, que toda su vida luchó por el establecimiento de una sociedad igualitaria. La humanidad perdió a un hombre bueno y generoso, cuyos ideales de justicia sintetizan los sueños de todos los pueblos esclavizados de la tierra. Se le arrebató la existencia a un hombre honrado. Habían asesinado a Ricardo Flores Magón. El responsable del crimen: el gobierno de los Estados Unidos.

* * *

Lucía Norman
Hija adoptiva de Ricardo Flores Magón
16 de enero de 1923

Trasladamos el cuerpo de nuestro Ricardo de Los Ángeles a México, gracias al apoyo del sindicato de trabajadores ferrocarrileros, quienes nos prepararon un tren especial. En todas las estaciones donde

hicimos parada, nos esperaban miles de personas con antorchas y banderas rojas. Decenas de estandartes de los diversos sindicatos estaban por todas partes, y un hueco dejado por la multitud de varias calles de largo abría el camino para que pudiera pasar el féretro de mi adorado padre, llevado en andas por los hijos del trabajo y envuelto en rojo y negro, los colores de la clase obrera.

Llegamos a la ciudad de México el 15 de enero al mediodía. Nos recibió una multitud que desde muy temprano esperaba nuestra llegada. Ondeaba del coche funerario una flamante bandera roja, y en el interior del mismo habían colocado banderas rojinegras. La carroza fúnebre que esperaba no fue utilizada, ya que el ataúd fue llevado en hombros de seis miembros de las organizaciones obreras, seguido por el pueblo en solemne procesión.

Los restos de mi papá fueron velados en el local de la Confederación de Sociedades Ferrocarrileras, adonde acudieron cientos de trabajadores y personas humildes para darle el último adiós al periodista y revolucionario anarquista que luchó por sus derechos.

Una reportera que nos acompañó escribió para un periódico:

Largas filas de trabajadores compuestas de hombres y mujeres, desfilaron silenciosamente ante el féretro, cubierto ya, con un lienzo en el que estaban inscritas las palabras del antiguo grito de guerra y que aún tenían vigencia: TIERRA Y LIBERTAD. El cuerpo permaneció en capilla ardiente más o menos 24 horas.

Partimos al mediodía de hoy rumbo al Panteón Francés, acompañados por centenares de personas humildes que marcharon por las calles del centro de la ciudad cantando un himno revolucionario, *La Marsellesa*, para despedir eternamente a nuestro amado Ricardo, quien ahora descansa finalmente en el país que lo vio nacer, cobijado por el amor y el cariño de la gente por la que peleó toda su vida.





Ricardo Flores Magón

TIERRA Y LIBERTAD. LA VIDA DE UN REBELDE

Miguel Ángel Ramírez Jahuey

fue editado por el

**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Se terminó en la Ciudad de México en septiembre de 2023.

Durante cerca de treinta años, Ricardo Flores Magón levantó la voz contra las injusticias que vio se cometían en México contra los más desfavorecidos. El periodismo fue la herramienta que eligió para desenmascarar a la dictadura de Porfirio Díaz, que llevaba años en el poder. Aunque la mitad de su vida la pasó encerrado en prisión, nunca se arrepintió de su lucha, pues hubo dos cosas que lo mantuvieron con ánimos: su amor por la revolución, por su compañera María Talavera Brousse y por su hija Lucía Norman.

Ricardo no sobrevivió al cautiverio al que lo condenaron sus enemigos; pero sabía que cuando muriera, sus amigos quizá inscribirían en su tumba: “Aquí yace un soñador”, y sus enemigos: “Aquí yace un loco”. Pero no habría nadie que se atreviera a escribir: “Aquí yace un cobarde y traidor a sus ideas”.

Su amor por la humanidad fue más fuerte que su miedo a la muerte, pues creía que la justicia para los más pobres y los más necesitados llegaría pronto.

Nacido en San Antonio Eloxochitlán, Oaxaca, el 16 de septiembre de 1873, Ricardo Flores Magón creció en una familia muy amorosa. Sus padres, Margarita y Teodoro, desde pequeños les inculcaron, a él y a sus hermanos, valores como el respeto y la solidaridad con las personas más desprotegidas. Les enseñaron que nunca debían permitir los abusos ni las humillaciones de los poderosos, por lo que tenían que estudiar para superarse y ser mejores personas.

Su destino fue iniciar con sus ideas una gran revolución.

